



Jataka-Nidana

La Historia de Buda Gautama

La época intermedia - (Avidtīre Nidana)

El Tumulto Triple

La proclamación tumultuosa del Buda surgió cuando el Bodhisattva vivía en la ciudad de Tusita. En el mundo ocurren tres proclamas tumultuosas, a decir, la del eón, la de un Buda, y la de un Monarca Universal. En éstas, una clase de deidades llamadas “Ordenadores de mundos”, que pertenecen al reino de los devas, al saber que un nuevo eón amanecerá al pasar otros cien mil años, se mueven en el mundo de los hombres, con sus cabellos sueltos y desgreñados, con semblantes tristes, enjugando sus lágrimas, vistiendo ropas de color rojo y presentando una apariencia extremadamente desordenada, proclaman:

"Amigos, de aquí a cien mil años amanecerá otro gran eón. Este mundo perecerá. Aun el gran océano se secará. Esta gran tierra con Sumeru, la gran montaña, arderá y morirá. La destrucción del mundo se extenderá hasta el reino de Brahma. Así que, amigos, desarrollen el amor, la compasión, la simpatía y la ecuanimidad. Amigos, atesoren a su madre y a su padre, y muestren respeto hacia los ancianos de la familia." Ésta es llamada la proclama tumultuosa del eón.

Cuando las deidades que custodian el mundo saben que un Buda omnisciente aparecerá en el mundo cuando hayan pasado mil años, proclaman: "Amigos, dentro de mil años aparecerá un Buda en el mundo." Ésta es llamada la proclama tumultuosa de un Buda.

Las mismas deidades, cuando se enteran de que un Monarca Universal aparecerá cuando hayan pasado cien años, andan por el mundo proclamando: "Amigos, de aquí a cien años aparecerá en el mundo un Monarca Universal". Ésta es llamada la proclama tumultuosa de un Monarca Universal.

La Invitación de las Deidades

Esas son las tres grandes proclamas tumultuosas. Cuando de estas tres, las deidades de todas las diez mil esferas de mundos escuchan la proclama tumultuosa de un Buda, se reúnen e indagan quién se convertirá en un Buda, y entonces van donde él y le suplican que así lo haga. Hacen la petición a la primera indicación de los signos. En esta ocasión todos ellos, junto a las cuatro Deidades Guardianas, los Sakkas, las deidades de los cielos Suyama, Santusita, Paranimmita, y Vasavatti, y los Grandes Brahmas de cada sistema de mundos, se congregaron en un mundo y fueron donde el Bodhisattva al cielo Tusita, y le suplicaron:

"Señor, cuando realizaste las Diez Perfecciones, no fue con la intención de obtener el estado de un Sakka o de un Mara, de un Brahma o de un Monarca Universal; fue con la intención de obtener la Omnisciencia para poder salvar a la humanidad. ¡Ha llegado el momento, Señor, de tu Budeidad. Señor, ahora es el momento!".

Las Cinco Grandes Consideraciones

(i) El momento

Entonces el Gran Ser, antes de dar seguridad a las deidades, verificó las Cinco Grandes Consideraciones, que son: el momento, el país y la región, la familia, la madre y su límite de edad.

De estas, consideró en primer lugar el momento, reflexionando sobre si era el momento apropiado o no. Al respecto pensó: "Si la expectativa normal de vida excede los cien mil años, no es el momento adecuado. ¿Por qué? Porque en ese tiempo, los hombres no percibirán que los seres están sujetos al nacimiento, el decaimiento y la muerte. Las enseñanzas de los Budas nunca carecen de las tres características (anicca, dukka y anatta). Cuando la transitoriedad, la enfermedad (el sufrimiento) y la ausencia de la existencia intrínseca del ser les son enseñadas, no piensan que vale la pena escuchar sobre esto, ni creer en esto, sino que se preguntan "¿de qué es que están hablando?" Por lo tanto, no lo comprenderán. Al estar ausente esta realización, esto no permitirá la Salvación. Por lo tanto, éste no es el momento correcto.

Cuando la expectativa de vida es de menos de cien años, el momento tampoco es correcto. ¿Por qué? Porque en un momento así, los seres padecen de un alto grado de obscurecimientos, y cualquier amonestación o consejo dado a aquellos que sufren de fuertes obscurecimientos no será atendido, ni se entenderá su propósito, sino que como una línea dibujada por un palo en el agua, pronto desaparecerá. Por lo tanto, éste tampoco es el momento indicado. Pero cuando la expectativa de vida es menos de cien mil años y más de cien, ese es el momento apropiado. En aquel momento la extensión de vida estaba en los cien años; por lo tanto el Gran Ser vio que era el momento adecuado para buscar el nacimiento en la tierra.

(ii) El País y la región

Luego, considerando el país, buscó en los cuatro continentes y en sus islas, y vio que en tres de ellos no nacen Budas, que solo nacen en Jambudipa; y así decidió el país.

Considerando la región, pensó: "Jambudipa es muy grande, tiene una extensión de diez mil yojanas. ¿En cuál región nacen los Budas?", y entonces se fijó en el País del Centro. El País del Centro es la región que se describe en el Vinaya de la siguiente manera: "Al este está el pueblo de Kajangala, y más allá queda Mahasala, y del lado más cercano quedan los distritos fronterizos; en el medio de la región sureste se encuentra el río Salalavatī, y más allá los distritos fronterizos hasta que finaliza el País del Centro. Al sur se encuentra el pueblo de Setakannika, y más allá los distritos fronterizos, hasta el final de la extensión del País del Centro. Al oeste esta la villa brahmin de Thuna, y pasando ésta se encuentran los distritos fronterizos hasta el final de la extensión del País del Centro." Éste mide trescientas yojanas de largo, doscientas cincuenta yojanas de ancho, y novecientas yojanas en su circunferencia. Es dentro de esta región que nacen los Budas y los Pacceka Budas, los discípulos principales y otros discípulos importantes, los ochenta grandes discípulos, los Monarcas Universales, y otros sostenedores de hogares poderosos, los khattiya y los brahmines de mucha riqueza. Y entonces tomó la decisión: "la ciudad de Kapilavatthu se encuentra allí. Debo nacer allí."

(iii) La Familia

Considerando entonces la familia, pensó: " Los Budas no nacen en una familia Vessa o Sudda, nacen en una familia Khattiya o en una familia Brahmana, cualquiera de las dos sea considerada superior en ese momento. En este momento, las familias Khattiya son más estimadas, así que yo naceré en una, y el rey Suddhodhana será mi padre"; y así previó la familia.

(iv) La Madre

Luego consideró la madre, y pensó: "La madre de un Buda no es lujuriosa, ni adicta a la bebida. Ha practicado y realizado las Perfecciones durante cien mil eones, y ha observado con pureza los cinco votos de moralidad desde su nacimiento. La reina Mahamaya ha hecho todo esto. Ella será mi madre."

(v) La extensión de vida de la Madre

Al considerar cuanto tiempo le quedaría de vida, vio que eran diez meses y siete días.

La Concepción del Gran Ser

Habiendo reflexionado sobre las cinco consideraciones, rindió homenaje a las deidades, asegurándoles: "Amigos, ha llegado el momento para que yo me convierta en un Buda", y los despidió. Entonces entró a los Jardines de Nandana en la ciudad de Tusita, acompañado por las deidades de Tusita. En todos los cielos hay un parque llamado Nandana, y allí las deidades se pasean, contándose unos a otros las oportunidades que tuvieron en el pasado para realizar buenas obras, y diciendo repetidamente, "cuando se muere aquí se va a un estado mejor." Así que él también se paseó, rodeado de deidades que le recordaron todas sus buenas obras, y mientras hacía esto, murió, y fue concebido en las entrañas de la reina Mahamaya.

El Sueño de la Reina Maya

Aquí sigue, desde el principio, el relato de la historia, que la describe completamente. Se dice que en aquel momento, se había proclamado en la ciudad de Kapilavatthu el festival de Asalhi de Mitad de Verano, y todos los pobladores estaban festejando. La Reina Mahamaya participó en las festividades, que no incluían el consumo de bebidas intoxicantes, sino que eran fiestas alegres, con una abundancia de guirnaldas de flores y perfumes, desde el séptimo día antes de la luna llena. Se levantó temprano en la mañana ese séptimo día, y se bañó en aguas perfumadas, repartió grandes limosnas (cuatrocientas mil piezas) y consumió alimentos deliciosos. Vestida con esplendor, entró luego a su lujoso dormitorio, habiendo decidido firmemente tomar votos de uposatha (ayuno). Se quedó dormida sobre la cama real, y soñó lo siguiente:

Las cuatro Deidades Guardianes del mundo la levantaron en su lecho, la llevaron a las montañas del Himalaya, y la colocaron bajo un gran árbol de Sala de siete yojanas de altura en el altiplano Carmesí de sesenta yojanas de extensión, colocándose respetuosamente a un lado. Entonces aparecieron las consortes de los Guardianes y llevando la reina al lago Anotatta, la bañaron para limpiarla de todas las manchas humanas, y la vistieron con ropajes celestiales, ungiéndola con perfumes divinos y adornándola con flores celestiales. No lejos de ese lugar hay una montaña de plata, y dentro de ella,

una morada de oro. En esta morada prepararon una cama celestial, con su cabecera hacia el este, y la acostaron sobre ella. Entonces el Bodhisattva, que vagaba cerca en una montaña de oro en la forma de un hermoso elefante blanco, descendió y subió la montaña de plata. Vino del norte, llevando un loto blanco en su trompa, brillante como una cadena de plata, y resopló fuertemente. Entró a la morada de oro y reverentemente circunvaló tres veces la cama de su madre, y entonces entró a su vientre, haciendo una apertura por su lado derecho. Así se dio su concepción, bajo la constelación descendiente de Asalha.

Los Adivinos

La reina despertó al día siguiente, y le contó al rey su sueño. El rey convocó a sesenta y cuatro brahmanes eminentes y les preparó asientos costosos sobre el piso, que había sido cubierto con hojas verdes y flores, y les ofreció vasijas de oro y plata llenas con delicioso arroz con leche preparado con mantequilla clarificada y dulce miel, y cubiertas por platos dorados y plateados. Los deleitó con regalos tales como telas sin decolorar y reses amarillas. Entonces les contó del sueño a los brahmanes, cuyos deseos todos habían sido satisfechos, y les pidió que le explicaran su significado.

Los brahmanes respondieron: “¡No esté ansioso, gran rey! Un feto ha tornado forma en el vientre de su reina, y es de un niño varón, no de una niña. Nacerá un hijo. Si lleva la vida de un sostenedor de hogar, será un Monarca Universal, pero si renuncia a su hogar y toma la vida de un recluso, será un Buda que removerá del mundo los velos de la ignorancia y el pecado”.

Los Treinta y Dos Presagios

En el momento en que el Bodhisattva tomó concepción en el vientre de su madre, todos los diez mil sistemas de mundos temblaron y se sacudieron violentamente a la misma vez. Se manifestaron treinta y dos presagios. Un resplandor sin límites se esparció a través de las diez mil esferas de mundos. Los ciegos recobraron su vista, como para poder ver esta maravilla. Los sordos volvieron a oír. Los mudos se hablaron unos a otros. Los jorobados se pararon erguidos. Los lisiados pudieron caminar. Las criaturas en cautiverio fueron liberadas de sus prisiones y de sus cadenas. Los fuegos en todos los infiernos se extinguieron. El hambre y la sed en el reino de los muertos fueron aplacadas. Los animales salvajes dejaron de tener miedo. Las enfermedades desaparecieron. Todos los seres se volvieron cordiales. Los caballos relincharon suavemente y los elefantes también trompetearon. Todos los instrumentos musicales sonaron melodiosamente. Las pulseras y otros adornos de los seres humanos resonaron, aún sin chocar unos con otros. Hubo calma en todas las direcciones. Una brisa fresca y suave sopló, refrescando a todos. Llovió fuera de temporada. Agua surgió de los suelos y fluyó libremente. Los pájaros dejaron de volar. Los ríos dejaron de fluir. El gran océano se convirtió en agua dulce. Por todas partes la superficie estaba cubierta con las cinco variedades de lotos. Flores de todo tipo florecieron en la tierra y en el agua, y también las enredaderas, todas florecieron. Lotos en sus tallos nacieron en grupos de siete, uno sobre el otro, surgiendo a través de las rocas y en la tierra seca. Lotos colgantes aparecieron en los cielos. Lluvias de flores cayeron por todas partes. Música celestial resonó en los cielos. Todos los diez mil sistemas de mundos, fueron sostenidos por una masa de guirnaldas y abanicados por abanicos de rabos de yak, fueron impregnados con la fragancia de flores e inciensos, y alcanzaron el esplendor más alto, como una bola de flores lanzada al aire, o como una corona de guirnaldas amarradas unas a otras fuertemente, o como un altar de flores bien decorado.

La Madre del Bodhisattva

Desde el momento en que el Bodhisattva tomó concepción, cuatro deidades con espadas en sus manos hicieron guardia sobre él y sobre su madre, para evitar cualquier peligro. No surgió ningún pensamiento lujurioso en la mente de la madre del Bodhisattva, y pasó su tiempo en gran confort y gloria. Estaba feliz, no sufrió ninguna dificultad física, y el Bodhisattva en su vientre se veía claramente, como un hilo amarillo a través de un cristal fino. El vientre en el cual un Bodhisattva mora es como un recipiente para reliquias en un santuario, ningún otro ser puede estar en él, ni ocuparlo. La madre de un Bodhisattva muere siete días después de su nacimiento, y renace en la ciudad de Tusita.

A diferencia de las otras mujeres, que dan a luz antes o después de haberse completado el décimo mes, algunas sentadas, otras acostadas, la madre de un Bodhisattva lo atesora durante diez meses en su vientre, y luego da a luz de pie. Así sucede generalmente con la madre de un Bodhisattva.

El Viaje a Devadaha: La Rama del Árbol de Sala

Habiendo atesorado al Bodhisattva en su vientre durante diez meses, como aceite en un recipiente, y estando ya en estado avanzado de gestación, la Reina Mahamaya le informó al Rey Suddhodana de su deseo de visitar la casa de sus padres.

"Su majestad, deseo ir a Devadaha, la ciudad sobre la cual reinan mis padres."

El rey consintió, diciendo: "Muy bien", y mandó a nivelar la carretera que llevaba desde Kapilavatthu a la ciudad de Devadaha, y además mandó decorarla con árboles de plátano, recipientes con agua, con banderines y cintas. Sentó a la reina en un palanquín dorado, le encomendó a mil oficiales que la cargaran, y la puso en marcha con un gran séquito.

Entre las dos ciudades había una arboleda de árboles de Sala, llamada el Parque de Lumbini, que pertenecía a los ciudadanos de ambas ciudades. En ese momento todos los árboles estaban florecidos completamente, desde sus raíces hasta sus ramas más altas. Entre sus ramas y entre las flores había enjambres de abejas de cinco variedades; y volaban bandadas de pájaros de muchas especies, cantando con tonos muy dulces. Toda la arboleda de Lumbini parecía el bosque de Citralata, o la hermosamente arreglada gran sala de banquetes de un rey. Al ver esto, la reina sintió deseos de descansar en la arboleda. Los oficiales que cargaban la reina entraron al parque. Caminando hasta el pie del árbol sagrado, sintió deseos de asirse a una rama. La rama se inclinó hacia abajo, como una vara calentada por vapor, y llegó hasta el alcance de la mano de la reina. Ésta estiró su brazo y la agarró. En ese mismo instante, sintió el dolor del parto. Sus acompañantes colocaron una cortina a su alrededor y se retiraron, y mientras estaba parada y asida a la rama del árbol de Sala, nació el niño.

Los Cuatro Grandes Brahmas

Casi inmediatamente los cuatro Grandes Brahmas de mente pura se acercaron, y recibieron al niño en una red dorada, y colocándolo delante de su madre dijeron: "Reina, regocíjate, ha nacido de ti un gran hijo."

A diferencia de otros seres, que salen del vientre de su madre embarrados de impurezas, el Bodhisattva salió del vientre de su madre como un predicador bajando de su púlpito, o como un hombre descendiendo por una escalera, estirando sus manos y sus pies, con postura erecta, sin que ninguna impureza del vientre de la madre lo cubriera, puro, claro, y brillando como una gema preciosa colocada sobre una tela de seda.

Las Dos Corrientes de Agua

Aunque esto fue así, dos corrientes de agua fluyeron desde el cielo para honrar al Bodhisattva y a su madre, y calmaron el calor de sus cuerpos. Entonces, de las manos de los Brahmas, que aún permanecían después de haberlo recibido en la red dorada, las Cuatro Deidades Guardianes del mundo lo recibieron sobre una tela hecha de pieles de antílopes cosidas juntas, suave al tacto, y considerada apropiada para ocasiones ceremoniales. De ellos el resto de las personas lo recibieron sobre un cojín de telas suaves.

Los Siete Pasos

Liberándose de sus manos, se paró sobre la tierra, y miró hacia el este. Muchos miles de sistemas de mundos fueron para él como un simple espacio vacío. Las deidades y los hombres le rindieron honores con perfumes y guirnaldas, y dijeron: "Gran Ser, no hay otro como tú, ¿cómo puede haber alguien superior a ti?" De esta manera, él revisó las diez direcciones, que consisten de las cuatro direcciones principales, las cuatro subdirecciones, el nadir y el cenit, y al no ver a nadie igual a él mismo, tomó siete pasos, diciendo: "Aquí se encuentra el norte," mientras el Gran Brahma sostenía un parasol blanco sobre él, Suyama sostenía el abanico de rabo de yak, y las otras deidades los seguían, llevando otras insignias de realeza en sus manos. Al dar el séptimo paso se detuvo, y rugió el rugido del león, proclamando la declaración victoriosa que comienza con "Yo soy el jefe del mundo."

Y el Bodhisattva pronunció una proclamación sobre tres nacimientos inmediatamente después de dejar el vientre de su madre. Sobre su nacimiento como Mahosadha, sobre su nacimiento como Vessantara, y sobre este nacimiento. En su nacimiento como Mahosadha, al salir del vientre de su madre, Sakka el rey de las deidades, vino, colocó un pedazo de madera de sándalo en su mano, y partió. Lo sostuvo en su mano y salió. Entonces su madre le preguntó: "¿Qué has traído contigo, amado, al salir?" "Una medicina, madre."

Por esta razón, por haber entrado al mundo trayendo con él una medicina, lo llamaron Osadha-daraka (Niño de la Medicina). Tomando esa medicina, la colocaron sobre un recipiente de tierra. Sirvió como una droga para eliminar los males de todos los ciegos y sordos, y otros que vinieron. Por esta razón su reputación surgió: "Grande es esta medicina, grande es esta medicina", y recibió el nombre de Mahosadha.

En su nacimiento como Vessantara, al salir del vientre de la madre dijo: "Madre, ¿qué hay en la casa? Deseo dar limosnas." Entonces su madre tomó su mano en las suyas y colocó en ella una cartera conteniendo mil monedas, diciendo: "Has nacido en una familia rica, amado." Y dicen que en este nacimiento, rugió el rugido del león. Así fue que el Bodhisattva hizo su proclamación sobre tres nacimientos al dejar el vientre de su madre.

Los Siete Sahajatas

Los treinta y dos augurios aparecieron en el momento de su nacimiento, igual que en el momento de su concepción. Al mismo tiempo que nuestro Bodhisattva nacía en la arboleda de Lumbini, la madre de Rahula, la reina; el ministro Channa, el ministro Kaludayi, el elefante real de alta alcurnia, el caballo real Kanthaka, el gran árbol de Bodhi, y las cuatro urnas llenas de tesoros, también tomaron existencia. De estas cuatro, una tenía el tamaño de una gavuta (la distancia que puede cubrir una carreta tirada por bueyes antes de que los animales se cansen. Cuatro gavutas = una yojana) Otra tenía el tamaño de media yojana, otra el de tres gavutas y la otra de una yojana. Estos siete objetos son llamados los Sahajatas (los que aparecen simultáneamente). Los habitantes de ambas ciudades fueron a Kapilavatthu, llevando con ellos al Bodhisattva.

Kaladevala

En ese mismo día, huestes de deidades en Tavatimsa, gozosas y deleitadas de que le hubiese nacido un hijo al gran rey Suddhodana de la ciudad de Kapilavatthu, y de que ese hijo se convertiría en un Buda sentado al pie del árbol de Bodhi, mostraban su regocijo ondeando sus vestimentas sobre sus cabezas. En ese momento el ermitaño llamado Kaladevala, un visitante frecuente al palacio del gran rey Suddhodana, y maestro de los ocho logros, había ido a la morada de Tavatimsa para pasar allí el calor del medio día luego de su almuerzo, y estaba sentado, tomando su descanso, cuando vio a las deidades, y les pregunto: "¿Por qué muestran ese regocijo tan grande? ¿Por qué están tan alegres y entusiasmadas?"

Las deidades respondieron: "Señor, le ha nacido un hijo al rey Suddhodana; sentado bajo el árbol de Bodhi se convertirá en un Buda, y pondrá en marcha la rueda del Dhamma. La razón por la cual nos regocijamos es porque tendremos la oportunidad de ver este Buda de infinito esplendor, y podremos escuchar su doctrina."

Recibe el Homenaje de su Padre

El asceta escuchó sus palabras y descendió inmediatamente del mundo de las deidades, entrando al palacio real, y sentándose en el asiento que prepararan para él, dijo: "Gran rey, dicen que le ha nacido un hijo, deseo verlo." El rey hizo que trajeran al niño, vestido en todo su esplendor, y lo llevó hasta el asceta para que lo saludara. Los pies del Bodhisattva giraron, y se plantaron sobre los cabellos enredados del asceta. En ese nacimiento, no existía nadie que pudiera recibir veneración del Bodhisattva. Si por ignorancia hubieran colocado la cabeza del Bodhisattva a los pies del asceta, la cabeza del asceta se hubiera roto en siete pedazos. El asceta, dándose cuenta de que no debía ocasionar su auto destrucción, se levantó de su asiento y unió sus manos en homenaje al Bodhisattva.

El rey, al ver este milagro, rindió el mismo homenaje a su hijo. El asceta pudo recordar eventos de ochenta eones, cuarenta en el pasado y cuarenta en el futuro. Al ver las marcas características del Bodhisattva, investigó, reflexionando si se convertiría o no en un Buda, y al percibir que sin duda lo haría, se sonrió, pensando en que era un ser maravilloso. Al investigar más, percibió que no tendría la oportunidad de verlo cuando fuera un Buda, pues moriría antes de ese momento, y renacería en un reino sin forma, en el cual no podría iluminarse aunque cien, o aun mil Budas aparecieran. Lamentando la gran pérdida que iba a tener, lloró.

La gente lo vio, y se preguntaron: "Nuestro maestro sonrió hace un momento, pero ahora ha comenzado a llorar. ¿Qué le pasa, Señor? ¿Le acontecerá a nuestro pequeño Señor algún infortunio?"

"Ningún infortunio le acontecerá. Ciertamente se convertirá en un Buda."

"Entonces, ¿por qué llorabas?"

Y contestó: "Lloraba porque no tendré la oportunidad de ver a una persona como él cuando sea un Buda. Grande será mi pérdida. Lamentándome de mi condición, lloro."

El Niño Nalaka

Entonces, reflexionado sobre si había alguien entre sus parientes que tendría la oportunidad de verlo cuando se convirtiera en Buda, vio a su sobrino, el niño Nalaka. Fue a casa de su hermana y le preguntó: "¿Dónde está tu hijo Nalaka?" "En la casa, hermano." "Llámallo."

Y cuando el niño se le acercó le dijo: "Querido niño, un hijo ha nacido en el palacio del gran rey Suddhodana, y será un Buda. Se convertirá en un Buda dentro de treinta y cinco años. Tú tendrás la oportunidad de verlo. Renuncia a la vida mundana ahora, este mismo día".

El niño, que provenía de una familia de incalculable riqueza, pensó que su tío no lo instaría a tomar esa decisión sin tener un buen propósito, e inmediatamente ordenó que le trajeran del mercado las túnicas amarillas y la escudilla de mendigo. Afeitándose su cabeza y su barba, se vistió con las túnicas, diciendo: "Mi renuncia tiene como objeto aquel que es el ser más noble del mundo", y uniéndolo sus manos con reverencia hacia el Bodhisattva, lo veneró y se postró a sus pies. Luego colocó su escudilla en una bolsa y colgándola de su hombro marchó a la región del Himalaya y realizó las tareas propias de un monje.

Visitó al Tathāgata luego de haber alcanzado la iluminación suprema, y le pidió que predicara el Discurso de Nalaka. Entonces regresó al Himalaya, donde alcanzó el grado de Arhat. Siguiendo este noble sendero, vivió aun siete meses más, y luego pasó al Nibbana mientras estaba parado en la ladera de una montaña dorada, libre totalmente de apego al mundo material.

Los intérpretes de las Marcas

Ungieron al Bodhisattva en el quinto día, diciendo: "Hagamos el ritual de escoger el nombre," y entonces rociaron el palacio real con los cuatro tipos de perfume: kala-agulu (aloe negro), tagara (perfume de coronaria), hari-candana (sándalo amarillo) y turukkha (aceite). También lo rociaron con las cinco clases de flores, siendo laja la quinta. Hicieron preparar un arroz con leche espeso, e invitaron a ciento ocho brahmanes que habían dominado ya los tres Vedas, y sentándolos en el palacio del rey, les ofrecieron la mejor comida, les demostraron grandes honores, y le pidieron que examinaran los signos, para que dijeran que sería del niño.

Rama, Dhaja, Lakkhana y Manti, Kondañña y Bhoja, Suyama y Sudatta - estos eran los ocho brahmanes expertos en las seis Vedāṅgas, quienes expusieron la ciencia de la lectura de los signos. Solamente estos ocho brahmanes serían los intérpretes de las marcas. En el día de la concepción, el

sueño también fue interpretado por ellos. Siete de ellos levantaron dos dedos y dieron una explicación de dos facetas: "Una persona que tiene estas características será un Monarca Universal si se dedica a la vida mundana de jefe de hogar; pero si renuncia al mundo, llegará a ser un Buda." Declararon entonces la gloria y la prosperidad de un Monarca Universal.

El más joven de ellos, llamado Kondañña por su clan, un brahmán aún muy joven, examinó la perfección de las nobles características del Bodhisattva y profetizó categóricamente, levantando un solo dedo: "No hay razón para que escoja vivir entre los deberes de un hogar; con seguridad se convertirá en un Buda que removerá los velos de ignorancia y pecado del mundo".

Como este hombre había alcanzado su última existencia habiendo hecho resoluciones anteriores, sobrepasaba a los otros siete en sabiduría, y previó un solo camino abierto para él Bodhisattva. Por lo tanto, levantó solamente un dedo, y profetizó lo siguiente: "No hay ninguna posibilidad para que una persona dotada de estas características se mantenga en el mundo del cuidado del hogar. Sin duda, él llegará a ser un Buda."

El Grupo de Los Cinco

Luego de esto, los brahmanes regresaron a sus hogares, y se dirigieron a sus hijos: "Queridos hijos, nosotros estamos viejos. Puede o no que tengamos la oportunidad de encontrarnos con el hijo del gran rey Suddhodana después de que alcance su omnisciencia. Cuando el príncipe alcance la iluminación, ¿buscarán ustedes la ordenación en su comunidad?" Y los siete vivieron hasta el final indicado de sus vidas, y luego siguieron sus destinos.

El joven brahmán Kondañña permaneció en buena salud. Supo que el Gran Ser se había convertido en un monje mendicante, habiendo iniciado la Gran Renunciación al llegar a sus años de albedrío, y que había tomado residencia en Uruvela, donde había llegado y decidido: "Este es un sitio encantador, adecuado para el esfuerzo de un hombre del clan en la búsqueda". Kondañña fue entonces adonde los hijos de aquellos brahmanes y les dijo: "He escuchado que el príncipe Siddattha se ha convertido en un mendicante. Es seguro que llegará a ser un Buda. Si sus padres vivieran, habrían manifestado su renuncia. Si me quieren acompañar, vengan; yo lo seguiré en su renuncia."

Pero no pudieron llegar a una decisión unánime, tres de ellos decidieron no renunciar al mundo. Los otros cuatro se convirtieron en reclusos, nombrando al brahmán Kondañña su líder. Y esos cinco llegaron a ser conocidos como los Pañcavaggiya Theras (el Grupo de Los Cinco Mayores).

Los Cuatro Presagios

Mientras tanto, el rey preguntó: "¿Qué verá mi hijo que lo hará renunciar al mundo?"

"Los cuatro presagios."

"¿Cuáles son?"

"Un anciano, un enfermo, un muerto y un mendicante. "

El rey dijo: "De ahora en adelante, que ninguno de estos sea visto por mi hijo. Mi hijo no necesita la

budeidad. Quiero verlo reinando con poderes soberanos sobre los cuatro continentes y las dos mil islas que los rodean, con poder sobre las vastas regiones aéreas, atendido por un séquito tan grande que ocupe una circunferencia de treinta y seis yojanas". Habiendo dicho esto, colocó guardias a intervalos de una gavuta, para evitar que los cuatro tipos de individuos pudieran ser vistos por el príncipe.

Un miembro de cada una de las ochenta mil familias del clan, reunidos allí ese día en el lugar de la ceremonia, prometió cada uno un hijo, diciendo: "Llegue a ser un Buda o un rey, daremos un hijo cada uno. Si llegara a ser un Buda, deambulará atendido por un séquito de monjes Khattiya; y si llegara a ser un rey, tendrá un séquito de príncipes Khattiya."

El Festival de la Labranza

El rey, por su parte, nombró a nodrizas de gran belleza, libres de todas las faltas, para atender al Bodhisattva. El Bodhisattva creció atendido por un séquito innumerable, rodeado por las más excelentes comodidades. Llegó el día en que se celebraba el festival de la labranza, en el cual toda la ciudad era embellecida y adornada como una morada divina. Todos los esclavos, sirvientes, y demás personas congregadas en el palacio real estaban ataviados con vestimentas nuevas y adornados con perfumes y guirnaldas. Mil arados fueron designados para el trabajo del rey. En ese día, ochocientos arados menos uno, junto con bueyes, riendas y sogas estaban adornados con plata. Pero el arado que iba a ser manejado por el rey estaba adornado con oro rojo. Los cuernos de los bueyes, las riendas y las yuntas también estaban adornados con oro. El rey, salió junto a una comitiva muy grande, y llevó con él a su hijo.

El Rey Rinde Homenaje por Segunda Vez

En el sitio donde se laboraba había un árbol de manzanas rosadas de follaje espeso, que ofrecía una agradable sombra. El rey hizo preparar un diván para acostar al príncipe y un dosel decorado con estrellas doradas para guarecerlo, con cortinas a su alrededor. Colocó los guardias y marchó al área de trabajo, vestido con todos sus ornamentos, y seguido por su banda de ministros. Allí el rey tomó el arado dorado, los ministros los ciento noventa y nueve arados y los trabajadores los arados restantes. Tomaron los arados y araron en todas las direcciones.

El rey continuó arando desde el lado más cercano hasta el más lejano, regresando una y otra vez. Hubo un gran y esplendido despliegue. Las nodrizas, que estaban sentadas rodeando al Bodhisattva, salieron de la cubierta de las cortinas, deseando ver el éxito que tenía el rey. El Bodhisattva, al no ver a nadie a su alrededor, se levantó con prisa, se sentó con las piernas cruzadas, y desarrolló el primer jhana (el éxtasis nacido de la meditación) controlando su aliento al entrar y al salir. Las nodrizas estaban divirtiéndose y disfrutando de la comida y la bebida, y demoraron un rato. Las sombras de los otros árboles se movieron, pero la de este árbol permanecía formando un círculo.

Las nodrizas, dándose cuenta de que su joven amo estaba solo, levantaron apresuradamente el cortinaje y entraron a la tienda. Encontraron al Bodhisattva sentado con las piernas cruzadas sobre la cama, y vieron también el milagro de las sombras. Fueron donde el rey y le dijeron: "Su majestad, su hijo está sentado así. Las sombras de los otros árboles se han alejado, pero la del árbol de manzanas rosadas permanece, formando un círculo." El rey fue a toda prisa, vio el milagro, y veneró a su hijo, diciendo: "Esta es la segunda vez, amado, que te rindo homenaje."

El Bodhisattva Demuestra su Habilidad en las Artes

El Bodhisattva llegó a los dieciséis años. El rey hizo construir tres palacios para el Bodhisattva, adecuados para las tres estaciones. Uno tenía nueve pisos, el segundo siete y el otro cinco. También le proveyó cuarenta mil jóvenes bailarinas. Rodeado por estas mujeres, alegremente vestidas, el Bodhisattva vivía como una deidad; acompañado por bandadas de ninfas celestiales, entretenido por la música de una orquesta compuesta totalmente por mujeres; viviendo en las tres mansiones, rotando su residencia de una a otra de acuerdo con las estaciones, y disfrutando de lujos incontables. La reina, la madre de Rahula, era su consorte principal.

Mientras disfrutaba de esta gran prosperidad, un día surgió una conversación entre un grupo de sus parientes: "Siddattha pasa sus días disfrutando placeres. No estudia ninguna de las artes. ¿Qué hará si hay guerra?" El rey mandó a buscar al Bodhisattva y le dijo: "Hijo mío, tus parientes dicen, 'Siddattha pasa su tiempo en el disfrute de placeres, sin estudiar ninguna de las artes.' ¿Qué piensas de esta acusación?"

"Señor, no necesito estudiar las artes. Proclama en la ciudad, al ritmo de un tambor, que demostraré ante mis parientes mis habilidades en las artes." El rey lo hizo. El Bodhisattva congregó a los arqueros que podían dar en el blanco usando la luz de un relámpago, y a los que podían partir en dos con sus flechas el pelo de un caballo. En el medio de esta asamblea les demostró a sus parientes sus destrezas de doce maneras diferentes, no compartidas con otros arqueros. (Esto debe ser entendido como se describe en el Jataka Sarabanga). Entonces sus parientes calmaron sus dudas.

Los Cuatro Presagios

Un día el Bodhisattva, que deseaba ir al parque de los placeres, le ordenó al que guiaba su carroza que la preparara. Éste dijo "muy bien", y preparó la carroza, de valor incalculable, con todos sus adornos, la unió a cuatro caballos de la raza Sindhu, del color de los pétalos del lirio de agua blanco, y le anunció al Bodhisattva que todo estaba listo.

El Bodhisattva montó en la carroza que parecía una morada celestial, y se puso en marcha hacia el parque. Las deidades pensaron: "El momento de la iluminación del Príncipe Siddattha se acerca, debemos mostrarle los presagios." Le presentaron a una de las deidades en la forma de un hombre anciano, con dientes podridos, pelo blanco, encorvado, apoyándose sobre un bastón, y tambaleándose. Sólo el Bodhisattva y el manejador de la carroza podían verlo. Entonces el Bodhisattva le preguntó al manejador de la carroza:

"Amigo "¿qué clase de hombre es ese? Su cabello no es como el de los demás."

Al escuchar la respuesta, dijo: "Ay, amigo, vergüenza da esta existencia, donde la vejez comienza al uno nacer!" Y con su corazón agitado y turbado, regreso a su mansión.

El rey le preguntó: "¿Por qué regresa mi hijo tan pronto?" "Por haber visto un anciano, su majestad."

El rey dijo: "Han declarado que él renunciará al mundo al ver a un anciano. No traigan la desgracia sobre mí. Preparen rápidamente para mi hijo espectáculos fastuosos y dramáticos. Mientras disfrute de los placeres no pensará en la renuncia." Diciendo esto, aumentó la cantidad de guardias en el

palacio, y los colocó a una distancia de media yojana en todas las direcciones.

Cuando el Bodhisattva fue al parque el próximo día, vio un hombre enfermo presentado por las deidades, y habiendo preguntado, igual que el día anterior, regresó otra vez a su mansión con su corazón agitado y turbado. El rey investigó, y nuevamente aumentó la cantidad de guardias, colocándolos esta vez en un área que cubría tres gavutas a la redonda.

Y otro día, cuando el Bodhisattva incursionaba nuevamente al parque, vio el cuerpo de un hombre muerto presentado por las deidades, y otra vez preguntó, y otra vez regresó a su mansión con su corazón agitado y turbado. Y nuevamente el rey indagó lo que había pasado, e hizo arreglos, y aumentó aún más la cantidad de guardias, esta vez colocándolos en un área que cubría una yojana a la redonda.

Aun otra vez, cuando el Bodhisattva fue nuevamente al parque, vio un monje ordenado, bien vestido, presentado por las deidades, y le preguntó al manejador de la carroza:

"Amigo ¿quién es ese?" El manejador de la carroza no sabía lo que era un monje ni cuáles eran sus características, ya que en ese tiempo no había aun un Buda sobre la tierra. Pero por el poder sobrenatural de las deidades, dijo: "Señor, es un monje mendicante," y exaltó las virtudes de ser un recluso. El Bodhisattva, atesorando el deseo de la renuncia, continuó su viaje por el parque. Pero los Recitadores del Digha-nikaya dicen: "El vio los Cuatro Presagios en el mismo día, y comenzó su viaje."

El Bodhisattva es Adornado

Se entretuvo en el parque el resto del día, y se bañó en el estanque real, y cuando se hubo puesto el sol, se sentó sobre la piedra colocada como asiento para los personajes reales, y pidió ser vestido. Sus asistentes estaban a su alrededor, esperando con vestimentas de muchos colores, y con todo tipo de ornamentos, guirnaldas, perfumes y aceites listos y a la mano.

En ese momento, el asiento sobre el cual Sakka estaba sentado se calentó. Preguntó: "¿Quién desea que me levante de este asiento?" Vio que era el momento de adornar el Bodhisattva. Se dirigió a Vissakamma y le dijo: "Amigo Vissakamma, este día, a la medianoche, el Príncipe Siddattha partirá hacia su Gran Renuncia. Esta será la última vez que se adornará. Ve al parque y adorna al Gran Ser con todos los ornamentos divinos."

Accedió diciendo, "Muy bien," e instantáneamente, por su poder divino sobrenatural, se le acercó, haciéndose pasar por su valet, y tomando de la mano del valet la tela usada para su cabeza, la colocó alrededor de la cabeza del Bodhisattva. Al sentir su mano, el Bodhisattva supo que el ser que lo atendía no era un humano, sino un devaputta (una divinidad). Tan pronto el turbante fue colocado alrededor de su cabeza, mil capas de tela se irguieron y se convirtieron en joyas y gemas preciosas sobre su cabeza. Mientras continuaban colocando las mil capas diez veces, diez mil capas se irguieron. La cabeza es pequeña, pero uno no debe tener dudas sobre cuantas capas de tela pudieron permanecer sobre ella. La capa más grande era del tamaño de la flor de una enredadera Sarna, y las otras eran solo del tamaño de flores Kutumbaka. La cabeza del Bodhisattva parecía ahora una flor Kuyyaka.

Cuando estuvo adornado con todo esplendor, montó su carroza real, exquisitamente decorada. Los músicos que lo acompañaban cada cual demostró su habilidad particular, los brahmanes le rendían honores con palabras de júbilo y victoria, y los Sutas, Magadhas y otros, cantaban panegíricos al unísono, mientras hacían exclamaciones festivas.

El Nacimiento de Rahula

En ese momento, el gran rey Suddhodana, enterándose de que la reina, madre de Rahula, había dado a luz un hijo, envió un mensaje diciendo: "Hagan llegar mis felicitaciones a mi hijo." El Bodhisattva, al escuchar esto, dijo: "Un impedimento (Rahula) ha surgido, un vínculo ha surgido." El rey, quien escuchó sobre esto al preguntar lo que había dicho su hijo, dio órdenes para que su nieto fuera conocido como el Príncipe Rahula.

Kisagotami

El Bodhisattva, montado en su carroza, entró a la ciudad en total esplendor, pompa y gloria. En ese momento, la joven Khattiya Kisagotami, que había subido a la terraza de su mansión, al ver la belleza majestuosa del Bodhisattva en su paseo por las calles de la ciudad, extremadamente complacida con su apariencia, expresó llena de júbilo la siguiente frase: "Tranquila la madre, tranquilo el padre, y tranquila la mujer que posee un señor así."

El Bodhisattva escuchó estas palabras y pensó: "Ella dice que viendo esta forma el corazón de una madre se tranquiliza, y el de un padre, y el de una esposa. Pero ¿qué debe extinguirse antes, para que el corazón se tranquilice?" Como su mente no estaba apegada a las corrupciones, se le ocurrió:

"Cuando los fuegos del apego, el odio y la ignorancia son extinguidos, y lo que surge de las corrupciones tales como la arrogancia y las creencias dogmáticas es aplacado, sólo entonces es uno tranquilizado. Ella ha dicho una frase valiosa para mis oídos, y marcharé en búsqueda del Nibbana, Es propio que este mismo día deje la vida cotidiana, parta, que me convierta en un religioso mendicante para buscar el Nibbana."

Se quitó un collar de perlas que llevaba alrededor del cuello y que tenía un valor de cien mil, y se lo envió a Kisagotami, diciendo: "Esto debe ser de ella como pago por su enseñanza." Ella se sintió feliz, pensando que el príncipe Siddattha se había enamorado de ella y le enviaba un regalo.

Las Bailarinas

El Bodhisattva regresó a su mansión en gran esplendor; entró y se acostó sobre su diván de estado. Casi inmediatamente, mujeres adornadas con todo tipo de ornamentos, hábiles en la danza, el canto y otras artes, tan encantadoras como jóvenes celestiales, lo rodearon, llevando sus diversos instrumentos musicales, y se ocuparon bailando, cantando y tocando sus instrumentos para entretenerlo.

Como la mente del Bodhisattva no estaba apegada a las corrupciones, no se deleitó con esto, sino que se durmió. Y las mujeres mismas se acostaron a dormir, dejando a un lado los instrumentos musicales, diciendo: "Aquel para quien danzamos y demás se ha dormido. ¿Por qué cansarnos?"

Ardían lámparas con aceites perfumados. Cuando el Bodhisattva despertó y se sentó con las piernas cruzadas sobre el diván, vio a las mujeres que dormían, algunas de ellas con saliva saliendo por sus bocas, otras con sus cuerpos mojados por saliva, algunas rechinando sus dientes, algunas quejándose, algunas con sus bocas abiertas, y otras con sus vestimentas desarregladas, mostrando claramente aquellas partes del cuerpo que debían permanecer ocultas para no sentir vergüenza. Vio el desorden en que se encontraban y se desapegó aún más de los placeres sensuales.

La gran terraza de su mansión magníficamente decorada, similar a la morada de un Sakka, le pareció un cementerio, lleno de cuerpos tirados allá y acá, Los tres estados de existencia le parecieron una casa en llamas. Y exclamó con inspiración: “¡Ay, esto está lleno de obstáculos! ¡Es intolerable!” Y su mente se inclinó ardientemente hacia la renuncia.

La Gran Renunciación

Se levantó de su cama, diciendo: "Es propio que yo parta y comience la renuncia este mismo día." Fue a la puerta y preguntó: ¿Quién está ahí?" Channa, que estaba recostado con su cabeza sobre el umbral de la puerta, contestó: "Señor, soy yo, Channa."

Él ordenó: "Quiero iniciar mi Gran Renunciación hoy. Prepara un caballo para mí."

Channa dijo: "Muy bien", y tomando los aperos para el caballo, fue a los establos y allí vio al caballo majestuoso Kanthaka, parado en un lugar precioso, debajo de un dosel de seda, con flores de jazmines, y mientras ardían lámparas de aceites perfumados, ensilló a Kanthaka, diciendo: "Éste es el caballo que debo ensillar hoy."

Cuando lo estaban preparando, el caballo sabía: "Estos arreglos son muy elaborados, diferentes a los días en que me preparan para llevarlo al parque para su placer. Puede ser que mi amo decida comenzar su partida hacia la Gran Renunciación hoy." Entonces, feliz, relinchó fuertemente. El sonido de su relincho debió haberse escuchado en toda la ciudad; sin embargo, las deidades lo silenciaron y no permitieron que nadie lo escuchara.

Rahula

El Bodhisattva despidió a Channa, y pensó en ir a ver a su hijo. Se levantó de donde estaba sentado, y subiendo a los apartamentos de la madre de Rahula, abrió la puerta del dormitorio. Una lámpara conteniendo aceite perfumado brillaba dentro de la habitación, La madre de Rahula dormía en su lecho, regado con muchas flores, tales como el jazmín grande y el jazmín árabe, y tenía su mano recostada sobre el cuerpecito de su hijo.

Parado en el umbral, el Bodhisattva los miró y pensó: "Si muevo la mano de la reina y tomo a mi hijo en brazos, ella despertará, y eso evitará mi partida. Regresaré una vez haya alcanzado la iluminación, y entonces lo veré." Con ese pensamiento, descendió al piso inferior¹.

¹ Se dice en el Comentario Jataka que en ese momento el Príncipe Rahula tenía siete días de nacido, pero esto no se encuentra en los otros comentarios. Por lo tanto, no debe aceptarse esa versión

Kanthaka

El Bodhisattva descendió del piso superior de su mansión, fue donde se encontraba su caballo y dijo: "Mi buen Kanthaka, llévame en una noche a mi destino, y yo, con tu ayuda, me convertiré en un Buda, y cruzaré (a la otra orilla) a todos los seres y a las deidades." Entonces montó sobre Kanthaka.

Kanthaka medía diez y ocho cubitos de largo comenzando desde su cuello, y su alto era en proporción a esto; era fuerte, veloz de piernas, y totalmente blanco, como la concha de un caracol. Si relinchaba o pateaba, el sonido se escuchaba por toda la ciudad. Por esta razón las deidades, usando sus poderes sobrenaturales, apagaron el sonido de su relincho para que nadie pudiese escucharlo, y colocaron sus manos bajo sus cascos en cada uno de sus pasos. El Bodhisattva hizo que Channa se agarrara del rabo, y él montó sobre el medio de la espalda del caballo.

Llegó así a la medianoche al gran portón de la ciudad. El rey, para que el Bodhisattva no pudiese abrirlas en ningún momento, y de esta forma marcharse de la ciudad, le había hecho arreglos a las puertas, y se necesitaban mil hombres para abrir cada una de ellas. El Bodhisattva poseía gran fortaleza física: comparándola a la de los elefantes, poseía la fuerza de mil crores de elefantes, y comparándola a la de los hombres, poseía la fuerza de diez mil hombres.

Pensó: "Si la puerta no se abre sola, sentado sobre la espalda de Kanthaka, y con Channa agarrando su rabo, patearé al caballo, saltaremos sobre las murallas que miden diez y ocho cubitos de altura, y así partiremos."

Channa pensó: "Si la puerta no se abre, yo saltaré sobre la muralla llevando a mi amo sobre mis hombros, manteniendo a Kanthaka bajo mi brazo, fuertemente agarrado, y así partiremos." Y Kanthaka también pensó: "Si la puerta no se abre sola, llevaré a mi amo hacia arriba, mientras está sentado sobre mi espalda, y Channa agarrado a mi rabo, saltaré por encima de la muralla y así partiremos."

Si no se hubiese abierto la puerta por sí sola, uno u otro de los tres hubiera conseguido hacer lo que había pensado. Pero la deidad que residía en la puerta la abrió.

Mara

En ese mismo momento, Mara vino con la intención de hacer que el Bodhisattva regresara al palacio, y mientras estaba en los cielos, dijo: "Amigo, no partas, de aquí a siete días la rueda del imperio se manifestará ante ti. Reinarás sobre los cuatro grandes continentes y sus correspondientes dos mil islas. Regresa, héroe."

"¿Quién eres?"

"Yo soy Vasavatti."

"Mara, se bien que la rueda del imperio se manifestará, pero no tengo uso para ese reinado. Me convertiré en un Buda, y seré la causa de que resuenen de dicha diez mil sistemas de mundos."

Entonces Mara dijo: "Cada vez que un pensamiento de lujuria, odio, o malicia surja en tu mente de

ahora en adelante, yo lo sabré." Y lo siguió de cerca, como su sombra, sin despegarse de su lado, esperando la oportunidad para poder capturarlo.

El Río Anomá

El Bodhisattva renegó del reinado universal que estaba a su alcance, sin sentir ningún tipo de deseo por el mismo, y partió de la ciudad en gran gloria, en la luna llena de Asalhi, bajo la constelación descendiente de Asalha, pero quiso ver la ciudad una vez más. Cuando este pensamiento surgió en su mente, la tierra giró como la rueda de un alfarero, como si dijera: "Gran Ser, una vez has realizado lo que has realizado, no es necesario que mires hacia atrás."

El Bodhisattva se plantó delante de la ciudad, la miró, e indicó en ese lugar el sitio donde debía erguirse el santuario conmemorando el lugar donde se había detenido Kanthaka. Guiando a Kanthaka en la dirección que debía tomar, marchó con gran honor, y con esplendor supremo. En este momento, se dice que las deidades llevaron sesenta mil antorchas delante de él, sesenta mil detrás de él, y sesenta mil en sus lados derecho e izquierdo. Otras deidades portaban innumerables antorchas en el borde del universo; aun otras, nagas, supannas y otros, lo seguían, rindiendo honores con perfumes celestiales, guirnaldas, polvos e inciensos. El cielo estaba completamente cubierto con flores de Paricchattaka y Mandarava, como cuando está cubierto por espesas nubes de lluvia. Se escuchaba música celestial. Por todos lados resonaban seis millones ochocientos mil instrumentos musicales de las ochenta y seis variedades, y parecía como cuando el trueno rugía desde las profundidades del océano, o cuando el océano bramaba desde el corazón de Yugandhara.

Siguiendo su rumbo en tal esplendor, el Bodhisattva atravesó tres reinos en una noche, y llegó a la ribera del río Anomá, cubriendo una distancia de treinta yojanas. ¿Por qué no podía el caballo ir más allá? No era que no pudiera, era capaz de ir de un lado al otro de los confines del universo, como si solo caminara sobre el borde de una rueda acostada sobre su eje, y luego regresar a tiempo para ingerir la comida que le era preparada en las mañanas. Pero en esta ocasión su progreso lo impedía el tener que estar abriéndose camino entre las grandes masas de guirnaldas y perfumes que llegaban a la altura de sus flancos, por estar las deidades, los nagas, y supannas y otros, derramando estas por montones desde los cielos. Por esta razón solo pudo cubrir treinta yojanas.

Entonces el Bodhisattva, haciendo un alto en la ribera del río, le preguntó a Channa: "¿Cómo se llama este río?"

"Señor, se llama Anomá."

Entonces dijo: "Y anomá (no de pequeña consecuencia) será nuestra renunciación." Hizo señal a su caballo, espueleándolo. El caballo saltó hacia adelante y se detuvo en la ribera al otro lado del río, que medía ocho usabhas de ancho.

El Santuario de la Gema del Nudo de Pelo

El Bodhisattva bajó del caballo, y parado sobre la ribera arenosa, que parecía una lámina plateada, se dirigió a Channa: "Channa, mi amigo, regresa, llevando contigo mis ornamentos y a Kanthaka. Yo voy a convertirme en un mendicante religioso."

"Señor, yo también deseo renunciar al mundo."

El Bodhisattva rehusó su petición tres veces, diciendo: "No es propio que tú te conviertas en un mendicante religioso ahora. Regresa." Confiándole los ornamentos y a Kanthaka, pensó: "Estos rizos míos no le van bien a un monje. Y no veo a nadie digno de cortarles los rizos a un Bodhisattva. Así que los cortaré yo mismo, con mi espada." Tomando su espada en su mano derecha y sosteniendo el nudo de pelo donde estaba colocada la diadema con su mano izquierda, lo cortó.

Los mechones de pelo que quedaron en su cabeza medían dos pulgadas de largo, y rizaban hacia el lado derecho. Permanecieron de ese mismo largo mientras vivió, y su barba también. No fue necesario para él afeitarse o cortarse el cabello nunca más. El Bodhisattva tomó el nudo de pelo con la diadema y lo lanzó al aire, diciendo:

"Si voy a convertirme en un Buda, que permanezca en el cielo; si no, que caiga nuevamente a la tierra." El nudo, trenzado con gemas, alcanza una altura de una yojana y permaneció suspendido en el aire. Sakka, el rey de las deidades, vio esto con su ojo divino, y lo recibió, colocándolo en un estuche para joyas del tamaño de una yojana, y fundó el Santuario Culamani (de la Gema del Nudo de Pelo) en el cielo Tavatimsa.

El más alto de los hombres cortó el nudo de su pelo, fragante con los mejores perfumes, y lo lanzó al cielo. Sakka el de los mil ojos, el descendiente de Vasu, lo recibió con su cabeza inclinada, en un estuche precioso de oro.

Los Requisitos de un Monje

Una vez más el Bodhisattva pensó: "Estas vestimentas de seda no son propias para un monje." Entonces el Gran Brahma Ghatikara, su compañero en el tiempo del Buda Kassapa, cuya amistad no se había enfriado durante todo ese período de Buda, pensó:

"Hoy mi amigo ha partido hacia la Gran Renunciación. Iré donde él, llevando los requisitos de un monje."

Las tres túnicas, la escudilla, la navaja, la aguja, el cinturón y el colador para el agua; estos son los ocho requisitos para un monje dedicado al esfuerzo religioso.

Kanthaka

Trajo estos ocho requisitos para un monje y se los dio. El Bodhisattva asumió el estandarte de Los Que Son Dignos (las túnicas amarillas), y apareciendo entonces en las vestimentas de un recluso, despidió a Channa con las siguientes palabras: "Channa, dile a mis padres de mi parte que estoy bien." Channa saludó al Bodhisattva, caminó a su alrededor reverentemente, y partió. Pero Kanthaka, que parado cerca había escuchado la conversación con Channa, no pudo contener su dolor al pensar que no volvería a ver a su amo. Marchando lejos para no ser visto, murió, quebrado su corazón. Renació en el cielo Tavatimsa como la deidad Kanthaka.

Al principio, Channa solo tenía un motivo para sentir tristeza, pero con la muerte de Kanthaka, le sobrevino otra más, y regresó a la ciudad lamentándose y llorando.

La Visita a Rajagaha

El Bodhisattva, se convirtió así en un mendicante religioso, y pasó una semana en la arboleda de árboles de mango llamada Anupiya, situada en esa región, disfrutando el éxtasis de la renuncia. Luego, cubriendo en un día, a pie, una distancia de treinta yojanas, llegó a Rajagaha en un solo día. Entró a la ciudad, y fue de casa en casa pidiendo limosnas.

La ciudad entera entró en un estado de gran excitación al ver al Bodhisattva, como si vieran la entrada de Dhanapakala a Rajagaha, o la entrada del jefe de los Asuras a la ciudad de los Devas. Los oficiales del rey se presentaron ante él y le anunciaron: "Su majestad, una persona de esta descripción está haciendo su recorrido para pedir limosnas en la ciudad. No sabemos quién es, si es una deidad, un ser humano, un naga o un supanna." Parado en la terraza de su mansión el rey espío al Gran Ser, y sobrecogido por la admiración y el asombro, les ordenó a sus hombres:

"Vayan, muchachos, y averigüen. Si no es humano, desaparecerá al salir de la ciudad; si es una deidad, viajará por los aires; si es un naga, se zambullirá en la tierra y desaparecerá; y si es un ser humano, consumirá lo que le ha sido dado."

El Gran Ser recogió varios alimentos, y cuando vio que tenía suficiente para su sustento, salió de la ciudad por la puerta por la cual había entrado, y sentándose mirando hacia el este, a la sombra de la montaña Pandava, comenzó a comer. Sus intestinos comenzaron a molestarlo y casi iban a salir por su boca. Disgustado con esa comida repugnante, comida que nunca había visto antes, comenzó a censurarse:

"Siddattha, vienes de una familia en la cual la comida y la bebida son abundantes; estás acostumbrado a comer comida preparada de arroz perfumado y guardado por tres años, y a comer golosinas exquisitas; pero has estado preguntándote cuándo podrías recoger sobras de comida y comerlas, como el mendicante vestido con túnicas hechas de harapos que has visto. Has llegado aquí pensando que ese momento llegaría para ti. Ve ahora lo que está ocurriendo." Habiéndose censurado, se sobrepuso a su disgusto y comió. Los oficiales del rey vieron todo lo que ocurrió, regresaron y le informaron al rey.

Habiendo escuchado las palabras de sus emisarios, el rey salió de su ciudad apresuradamente, y cuando estuvo ante el Bodhisattva, le complació tanto la compostura de sus movimientos, que le ofreció todo tipo de prosperidad. El Bodhisattva respondió: "Gran Rey, no necesito riqueza material o placeres para los sentidos. He salido resuelto a obtener la iluminación más alta." El rey no pudo conseguir su consentimiento aun cuando lo solicitó de muchas maneras, y dijo al fin: "Con seguridad te convertirás en un Buda. Cuando hayas obtenido la iluminación, por favor, que sea mi reino el primer lugar que visites."

Ésta es la historia narrada brevemente, pero su recuento completo debe ser hecho leyendo el Pabbajja Sutta, que comienza con la oración, "Relataré la Renuncia, narraré como partió el Gran Sabio," junto con su Comentario.

Las Austeridades

El Bodhisattva dio su promesa al rey y marchó, deambulando, a Alma Kalam y a Uddaka Ramaputta. Creció en sus logros, pero rechazó como inadecuado el progreso en su desarrollo espiritual,

dándose cuenta de que no era el sendero hacia la iluminación. Para demostrarle al mundo de los humanos y a las deidades su perseverancia y su diligencia, marchó a Uruvela con la intención de involucrarse en un gran esfuerzo.

Tomó residencia allí, diciendo que era ciertamente un lugar encantador, y comenzó a practicar con gran empeño. Los cinco mendicantes religiosos, con Kondañña como su líder, se encontraron con el Bodhisattva mientras deambulaban pidiendo limosnas por las aldeas, pueblos y ciudades capitales. Lo acompañaron durante los seis años que estuvo ocupado en su gran esfuerzo, y lo sirvieron, haciéndose cargo de varias tareas, tales como el barrer su celda, diciendo:

"¡Ahora se convertirá en un Buda! ¡Ahora se convertirá en un Buda!"

El Bodhisattva mismo, que estaba determinado a practicar todas las austeridades en su forma más extrema, comenzó a subsistir comiendo sólo un grano de ajonjolí o de arroz al día. Persuadió a las deidades para que no le infundieran su energía divina a través de los poros de su piel.

Entonces su cuerpo, que había sido del color del oro, se tornó negro debido a su gran adelgazamiento, causado por sus ayunos. Las treinta y dos características de un Gran Ser fueron borradas totalmente. Un día sintió un gran dolor mientras practicaba el jhana de la supresión del aliento, y cayó inconsciente al borde de un monasterio. Algunas deidades dijeron: "El recluso Gautama ha muerto", mientras otros dijeron, "Esto es solo una forma de morar de Los Que Son Dignos."

Aquellos que pensaban que había muerto, fueron al gran rey Suddhodana y le dijeron: "Tu hijo ha muerto."

"¿Murió antes o después de su iluminación?"

"No llegó a convertirse en un Buda. Se desplomó en el lugar de sus esfuerzos y murió."

Escuchando esto, el rey se negó a creer sus palabras, diciendo: "Yo no lo creo. La muerte no puede llegar a él antes de que logre su iluminación."

¿Por qué el rey no lo creyó? Porque había visto los milagros el día en que lo llevó a venerar a Kaladevala y al pie del árbol de Jambu. Cuando el Bodhisattva recobró el conocimiento y se puso de pie, las deidades volvieron donde el rey, y le dijeron: "Gran Rey, tu hijo está bien." Y el rey respondió: "Sé muy bien que mi hijo no puede morir así."

La práctica de austeridades severas del Gran Ser durante seis años, fue para él como el trenzar el cielo con nudos. Entendiendo que la práctica de estas austeridades no era el sendero hacia la iluminación, comenzó a pedir limosnas en aldeas y pueblos para comenzar a comer alimentos sólidos otra vez, y así subsistió. Las treinta y dos características de un Gran Ser reaparecieron en su forma natural, y su cuerpo recobró su tonalidad dorada.

Los monjes del Grupo de los Cinco (Pañcavaggiya) se alejaron del Gran Ser, diciendo: "Aun cuando ha practicado austeridades severas durante seis años, no ha logrado alcanzar la omnisciencia. ¿Cómo podrá lograrlo ahora que ha comenzado a comer alimentos sólidos, y vaga de aldea en aldea

pidiendo limosnas? Ahora lleva una vida llena de indulgencias, y se ha desviado de sus esfuerzos. Esperar que obtengamos logros espirituales bajo su guía es como un hombre que desea bañarse usando gotas de rocío. ¿Para qué nos sirve?" Tomaron cada cual su escudilla y sus túnicas y se marcharon, y cubriendo una distancia de diez y ocho yojanas entraron a Sarnath.

Sujata

En ese tiempo una joven llamada Sujata, nacida en la familia de Senani, del villorrio de Senani en Uruvela, llegó a su mayoría de edad, y le pidió un deseo a un árbol de Banyan: "Si me caso con un miembro de una familia de rango igual a la mía, y mi primer hijo es un varón, te haré un sacrificio todos los años, gastando cien mil." Su deseo fue cumplido. Deseando realizar el sacrificio el día de luna llena del mes de Vesakha, al completarse los seis años de la práctica de las austeridades severas del Gran Ser, primero llevó a mil vacas a pastar a un campo de regaliz. Luego hizo que quinientas vacas tomaran esta leche, y doscientas cincuenta la leche de estas.

De esta manera fue reduciendo el número hasta llegar a las últimas diez y seis, cuya leche fue bebida por ocho. Hizo esto para obtener una leche de la espesura, dulzura y fortaleza correcta. Pensando realizar el rito temprano en la mañana del día de la luna llena de Vesakha, se levantó al amanecer y ordeñó esas ocho vacas. Los becerros no se acercaron a las ubres de las vacas. En el momento en que se colocaron recipientes bajo las ubres, ríos de leche fluyeron y cayeron en ellos.

Viendo este milagro, Sujata misma tomó la leche y la vació en un recipiente nuevo, y con sus propias manos hizo un fuego y comenzó a hervir la leche. Cuando ese arroz con leche comenzó a hervir, grandes burbujas aparecieron y giraron hacia su derecha. No se perdió ni una sola gota. Tampoco surgió humo del fogón. En ese momento, las Cuatro Deidades Guardianes del mundo llegaron y montaron guardia sobre el fogón, y el Gran Brahma sostuvo su parasol sobre el mismo. Sakka trajo pedazos de leña y atizó el fuego. Las deidades, por su poder divino, como si estuvieran extrayendo miel de una colmena, unieron la energía beneficiosa de las deidades y los hombres de los cuatro grandes continentes y sus dos mil islas circundantes, y la colocaron allí.

En otras ocasiones las deidades infunden su energía en cada cucharada, pero en el día de la iluminación y en el día del alcance del Nibbana, la infundieron en el recipiente mismo.

El Bodhisattva al Pie del Árbol

Sujata, que vio las muchas maravillas que aparecieron en ese día, le dijo a Punna, su joven esclava: "Querida Punna, nuestra deidad está muy complacida hoy. En ningún día he visto milagros así. Ve rápidamente y prepara un asiento para la deidad." Diciendo "muy bien, señora", y obedeciendo sus órdenes, llegó rápidamente al pie del árbol.

Mientras tanto el Bodhisattva, que había soñado los cinco grandes sueños esa noche, examinó sus significados y llegó a la conclusión de que se convertiría en un Buda ese día. Atendiendo su aseo, al pasar la noche fue temprano en la mañana y se sentó al pie del árbol, iluminándolo todo con la luz radiante de su cuerpo, esperando el momento para ir a pedir limosnas.

Al llegar, la esclava Punna vio al Bodhisattva sentado al pie del árbol, estudiando el cuadrante oriental, y también vio como el árbol completo tomaba el color del oro con la luz radiante que salía

de su cuerpo. Habiendo visto todo esto pensó: "Hoy nuestra divinidad ha descendido del árbol y está sentado ahí, pienso que para recibir la ofrenda en sus propias manos." Sobrecogida con fervor corrió hasta donde se encontraba Sujata y se lo contó.

La Escudilla Dorada

Al escuchar sus palabras Sujata se puso muy contenta, y diciéndole "De ahora en adelante serás como mi hija mayor," le dio todos los ornamentos correspondientes a una hija. Era propio que el día de su iluminación él recibiera una escudilla dorada que tuviera un valor de cien mil. Ella concibió la idea de servir el arroz con leche en un recipiente dorado. Hizo que le trajeran una escudilla dorada que tuviera un valor de cien mil, y deseando verter en ella el arroz con leche, inclinó el recipiente en el cual se encontraba el alimento ya preparado. Todo el arroz con leche cayó en la escudilla, como el agua rueda sobre una hoja de loto. La escudilla se llenó completamente. Ella la cubrió con otro recipiente dorado, y luego lo envolvió todo con una tela. Se adornó con muchos ornamentos, colocó el paquete con los recipientes sobre su cabeza, y marchó en todo su esplendor al árbol de Banyan.

Sobrecogida con un gran gozo al ver al Bodhisattva, y pensando que él era la deidad del árbol, llegó donde él haciendo reverencias humildemente desde el lugar donde lo vio. Tomando el recipiente de su cabeza, lo descubrió, tomando también un recipiente dorado con agua perfumada y flores de aroma dulce, llegó donde se encontraba el Bodhisattva y se paró cerca de él. La escudilla de barro que le había dado al Bodhisattva el Gran Brahma Ghatikara, que lo había acompañado tanto tiempo, desapareció en este momento.

No encontrando su escudilla, el Bodhisattva estiró su mano derecha y aceptó el agua que le era ofrecida. Sujata colocó en la mano del Gran Ser el arroz con leche en la escudilla que lo contenía. El Gran Ser la miró, y Sujata comprendió su mirada, diciendo: "Señor, acepta lo que te ofrezco, y marcha cuando gustes. Igual que mi deseo ha sido cumplido, que se cumpla también el tuyo." Entonces se marchó, sin pensar en la escudilla dorada, que tenía un valor de cien mil, más de lo que pensaría en una hoja marchita.

La Escudilla Viaja Río Arriba

El Bodhisattva se levantó y caminó con reverencia alrededor del árbol, y llevando consigo la escudilla, se fue a la ribera del río Nerañjara. Allí había un vado de fácil acceso, lugar donde se bañaron muchos cientos de miles de Bodhisattvas el día de su iluminación.

Dejando la escudilla en la ribera, entró al río y se bañó, y vistiendo el estandarte de Los Que Son Dignos, la túnica interior usada por muchos cientos de miles de Budas, se sentó mirando hacia el este. Después, dividiendo el arroz con leche endulzado con miel y preparado sin agua en cuarenta y nueve bolitas del tamaño de una ñuta de palmera, lo comió. Esto fue todo el alimento que consumió durante los cuarenta y nueve días de las siete semanas que pasó después de su iluminación al pie del árbol de Bodhi. No consumió ningún otro alimento durante este período, ni se bañó y lavó su cara, ni desechó sus excrementos. Pasó todo ese tiempo en el éxtasis del Sendero y sus Frutos.

Habiendo consumido el arroz con leche, tomó la escudilla dorada y la lanzó al río, diciendo: "Si logro convertirme en un Buda hoy, que esta escudilla flote río arriba, si no lo voy a lograr, que flote hacia abajo, con la corriente." La escudilla, cortando a través de la corriente, llegó al medio del río, y comenzó a subir en contra de la corriente, manteniéndose así por una distancia de ochenta cubitos,

tan rápida como un caballo veloz. Entonces se hundió en un torbellino y fue a parar directamente a la morada de Kala, el rey naga. Chocó fuertemente y con un fuerte sonido contra las escudillas usadas por los tres Budas anteriores, y se colocó debajo de ellas.

Kala el rey naga escuchó el sonido y comenzó a cantar canciones de alabanza con cientos de versos, diciendo "Un Buda nació ayer, y hoy nuevamente otro." Para él, el intervalo en el cual la gran tierra surgió, llenando el cielo por una extensión de una yojana y tres gavutas era de un día, como el de ayer y como el de hoy.

El Bodhisattva, habiendo pasado su descanso de mediodía en meditación en la arboleda de árboles Srva en la ribera del río, caminó como un león desperezándose en dirección al árbol de Bodhi durante la marea de la tarde, en el momento en que las flores caen de sus tallos, siguiendo un camino que medía ocho usabhas de ancho, decorado por las deidades. Nagas, yakhas, supannas y otros, lo honraron con perfumes, flores y música celestial. Los diez mil sistemas de mundos también se llenaron con perfumes y guirnaldas, y con gritos de júbilo.

El Vendedor de Grama Llamado Sotthiya

En ese tiempo un vendedor de grama llamado Sotthiya, que venía de la dirección opuesta llevando un bulto de grama, impresionado por su apariencia, le ofreció al Gran Ser ocho manojos de grama. Tomando la grama, el Bodhisattva subió la plataforma al pie del árbol de Bodhi y se paró en el lado sur, mirando hacia el norte. En ese momento, el borde austral del universo se hundió, dando la impresión de que había llegado abajo, al infierno de Avici. El borde del norte del universo subió y dio la impresión de que había llegado arriba, hasta tocar la bóveda celestial.

El Bodhisattva pensó que quizás éste no era el sitio adecuado para lograr la iluminación, y caminando en dirección de las manecillas del reloj fue al lado oeste, y se paró allí mirando hacia el este. Entonces el borde occidental del universo se hundió, dando la impresión de que había llegado abajo, al infierno de Avici, y el borde oriental subió, dando la impresión de que había llegado arriba, hasta tocar la bóveda celestial. Donde quiera que se parara, la tierra se hundía en un lado y subía en el otro, como la rueda de una carreta tirada sobre su eje, cuando alguien se para sobre uno de sus lados. El Bodhisattva pensó que quizás tampoco éste era el lugar para alcanzar la iluminación, y caminando nuevamente en dirección de las manecillas del reloj, fue y se paró en el norte, mirando hacia el sur. El borde del norte se hundió, pareciendo llegar hasta Avici, y el borde del sur subió, pareciendo llegar hasta la bóveda celeste. El Bodhisattva pensó que quizás tampoco éste era el lugar adecuado, y caminando en dirección de las manecillas del reloj se paró en el este, mirando hacia el oeste. El asiento de meditación de todos los Budas se encuentra en el este, allí ni tiembla ni se sacude.

El Asiento de la Iluminación

El Gran Ser, dándose cuenta de que este era el sitio estable, nunca abandonado por ninguno de los Budas, el asiento para la destrucción del agregado de las corrupciones, sostuvo las hojas de grama por sus puntas y las sacudió. Inmediatamente surgió un asiento de catorce cubitos de extensión. Y las hojas de grama se colorearon en un diseño que ni tan siquiera el pintor o el escultor más hábil hubiese podido diseñar.

El Bodhisattva se sentó con su espalda recostada sobre el tronco del árbol de Bodhi, y mirando hacia

el este, y resolvió firmemente: "Que solo permanezcan mi piel, mis tendones y mis huesos, que se sequen mis carnes y mi sangre; no me levantaré de este asiento de meditación hasta que alcance la iluminación suprema." Y se sentó con las piernas cruzadas en el asiento invencible, del cual no podría ser movido aunque cientos de rayos cayeran sobre él.

Las Legiones de Mara

En ese momento el devaputta Mara, pensando, "El Príncipe Siddattha desea ir más allá de mi control, pero no le daré la oportunidad de hacerlo," fue y se lo anunció a sus fuerzas, y marchó con ellas hacia adelante, con el grito de batalla característico de Mara.

El ejército de Mara en vestimenta de guerra consistía de columnas de doce yojanas de largo en su delantera y a cada uno de sus flancos, a su derecha y a su izquierda. En su retaguardia se extendía hasta el borde del universo, y hacia arriba hasta una altura de nueve yojanas. Cuando desgarraba el aire con su grito de guerra, era como escuchar un terremoto acercándose desde una distancia de mil yojanas. Entonces el devaputta Mara montó sobre el elefante llamado Girimekhala, que medía ciento cincuenta yojanas de alto, y creándose mil brazos, se preparó con muchas y diversas armas. No había dos personas en el ejército de Mara que llevaran las mismas armas. Los había en muchas formas, y asumían muchos aspectos, para sobrecoger al Gran Ser.

Las Deidades Huyen

En este momento las deidades de las diez mil esferas de mundos estaban paradas alrededor del Gran Ser, cantando canciones de alabanza. Sakka el rey de las deidades estaba ahí, soplando su concha Vijayuttara. Esta concha tenía dos mil cubitos de circunferencia. Cuando sonaba al soplarla una vez, su sonido perduraba por cuatro meses antes de que finalmente dejara de escucharse. El rey naga Mahakala cantaba sus alabanzas, que tenían más de cien versos. El Gran Brahma estaba parado, sosteniendo el parasol blanco.

Cuando el ejército de Mara se acercó al pie del árbol de Bodhi, ninguno pudo permanecer, huyeron en las direcciones hacia las cuales miraban. El rey naga Kala se zambulló en la tierra, huyó a su morada Mañjerika, que tenía quinientas yojanas de extensión, y se tiró al piso, escondiendo su cara en sus manos. Sakka se paró en el borde del universo, con su concha Vijayuttara colgando sobre sus espaldas, y el Gran Brahma dejó su parasol blanco al borde del universo y marchó directamente al mundo de los Brahmas. No pudo permanecer allí ni una sola deidad. El Gran Ser quedó sentado allí, completamente solo.

Entonces Mara dijo a sus seguidores, "No hay hombre igual a Siddattha, el hijo de Suddhodana. No somos aptos para darle batalla frente a frente. Lo atacaremos por sus espaldas." El Gran Ser miró hacia los tres lados y vio que todo el espacio estaba desierto, porque habían huido todas las deidades. Observando las fuerzas de Mara, que se abalanzaban sobre él desde el norte, continuó sentado, reflexionando sobre las Diez Perfecciones:

"Una fuerza tan grande hace un gran esfuerzo, y demuestra mucho poder contra mí, aún solo como estoy. Aquí no están mi madre, ni mi padre, ni mi hermano, ni ningún otro pariente. Pero estas Diez Perfecciones son como sirvientes que he tenido desde hace mucho tiempo. Por lo tanto debo vencer a este ejército, haciendo de las Diez Perfecciones mi escudo y también mi arma de ataque."

La Batalla con Mara

Entonces el devaputta Mara provocó un tornado, deseando barrer con él a Siddattha. Inmediatamente soplaron ráfagas del este y de las otras direcciones, tan fuertes que hubiesen podido destruir los picos de montañas de media, dos, o tres yojanas, arrancar arbustos y árboles del bosque, y convertir en polvo las aldeas y los pueblos del área. Por la virtud y la majestad del Gran Ser, los vientos perdieron fuerza, y al llegar al Bodhisattva no pudieron siquiera levantar el ruedo de su túnica.

Deseando entonces ahogarlo en agua y matarlo, causó una fuerte lluvia. Por su poder milagroso cientos de miles de nubes aparecieron en los cielos, muchas capas de nubes, y dejaron caer una enorme cantidad de lluvia. La tierra fue ahuecada por la violencia torrencial del agua. Una gran inundación cubrió el tope de los árboles en el bosque, pero no pudo humedecer su túnica, ni siquiera un pequeño pedazo sobre el cual pudiera caer una gota de rocío.

Entonces causó una lluvia de rocas. Picos de montañas enormes volaron por los aires, emitiendo humo y llamas, pero al llegar al Bodhisattva, se convirtieron en coronas de guirnalda celestiales.

Levantó una tormenta de proyectiles. Espadas, dagas, dardos y otras armas, de filo sencillo y filo doble, volaron por los cielos, echando humo y llamas, pero al llegar donde el Bodhisattva, se convirtieron en flores divinas. Entonces provocó una lluvia de carbones encendidos, del color de las flores Kimsuka, que al llegar a los pies del Bodhisattva se convirtieron en flores celestiales. Luego provocó una tormenta de cenizas candentes, brillantes como fuego, que volaron por los aires, cayeron a los pies del Bodhisattva y se convirtieron en polvo de sándalo.

Levantó una tormenta de arena fina, que vino humeando y flameando por los cielos y cayó a los pies del Bodhisattva, también convirtiéndose en flores celestiales. Entonces levantó una tormenta de lodo, y el lodo vino humeando y flameando por los aires, cayó a los pies del Bodhisattva, y se convirtió en ungüentos celestiales. Entonces creó una oscuridad tan espesa como cuando las cuatro condiciones se encuentran juntas². Cuando ésta alcanzó al Bodhisattva, desapareció como desaparece la oscuridad cuando resplandece el sol.

Mara no pudo hacer huir al Bodhisattva con estas nueve tormentas de viento, lluvia, rocas, proyectiles, carbones, cenizas, arenas, lodo y oscuridad. Entonces se dirigió a sus seguidores: "Hombres, ¿Por qué están ahí parados? Capturen a este príncipe, o mátenlo, o hagan que huya." Avanzó hacia el Bodhisattva montado sobre el elefante Girimekhala, armado con un disco, y gritó:

"Levántate de ese asiento, Siddattha. No es para ti, debe ser mío." Al escuchar sus palabras, el Gran Ser contestó: "Mara, tú no has practicado las Diez Perfecciones, ni las Perfecciones Menores ni las Perfecciones Supremas; no has hecho los cinco grandes sacrificios; ni has realizado la búsqueda del conocimiento, la búsqueda del bienestar del mundo, o la búsqueda de la sabiduría. Este asiento no es para ti. Solo yo tengo derecho a él."

Enfurecido ante esto, Mara no pudo contener la vehemencia de su ira, y lanzó su disco contra el Gran Ser, pero el mismo se convirtió en un dosel de guirnalda que lo cubrió, y permaneció sobre él mientras meditaba sobre las Diez Perfecciones. Se dice que esta arma, de filos tan agudos con los de

² El día 14 de la luna menguante, un bosque espeso, una nube espesa, y la medianoche.

una navaja, cuando se lanza con ira, vuela y corta a través de columnas de roca sólida como si fueran espigas de bambú; pero en este caso se convirtió en un dosel de guirnaldas que permaneció sobre el Gran Ser.

Combatientes del ejército de Mara lanzaron masas inmensas de rocas, intentando lograr que el Gran Ser se levantara de su asiento y huyera. Pero aun éstas se convirtieron en coronas de guirnaldas que cayeron sobre la tierra, mientras el Gran Ser continuaba su meditación sobre las Diez Perfecciones.

La Tierra Como Testigo

Las deidades que estaban paradas al borde del universo estiraban sus cuellos y miraban, diciendo: "¡Ay, destruido ciertamente está el hermoso cuerpo físico del Príncipe Siddattha! ¿Qué hará?" Entonces el Gran Ser le dijo a Mara, parado allí reclamando el trono que era para los Bodhisattvas que habían realizado las Diez Perfecciones en el día de su iluminación:

"Mara, ¿quién atestiguará que has dado limosnas por caridad?"

Mara indicó a su ejército con su brazo, diciendo: "Todos estos son mis testigos."

Inmediatamente se escuchó el grito, "¡Yo soy testigo, yo soy su testigo!"

Entonces Mara le preguntó al Gran Ser: "Siddattha, ¿quién será testigo de que has dado limosnas por caridad?"

El Gran Ser contestó: "Tú tienes seres sintientes como testigos, pero aquí en este lugar yo no tengo a ningún ser viviente como testigo de esto ni mucho menos de la generosidad que he practicado en todas mis otras vidas. Que esta tierra grande y sólida, no sintiente como es, sea mi testigo de las grandes limosnas que di siete veces cien cuando era Vessantara". Y sacando su mano derecha de debajo de los dobleces de su túnica, la estiró hacia la tierra, diciendo

"¿Eres o no testigo de que di siete veces cien las grandes limosnas en mi existencia como Vessantara?" Y la gran tierra resonó con cien, mil, o cien mil ecos, para sobrecoger las fuerzas de Mara, como si dijera "Yo fui testigo de ello."

La Derrota de Mara

Mientras el Gran Ser reflexionaba sobre las limosnas que había dado cuando era Vessantara y se decía, "Siddattha, has dado con gran caridad y has hecho los más grandes sacrificios," el elefante Girimekhala, que medía ciento cincuenta yojanas de alto, se hincó sobre sus rodillas. Los seguidores de Mara huyeron en todas las direcciones, ningún par siguiendo el mismo camino. Corrieron en cualquier dirección que tuvieron delante, abandonando sus adornos de cabeza y las ropas que vestían.

La Proclama de Victoria

Cuando las huestes celestiales vieron que el ejército de Mara huía, los nagas entre ellos enviaron mensajeros al reino de los nagas, los Supannas al suyo, las deidades a los cielos, y los Brahmas al

mundo de los Brahma, diciendo, "¡Mara ha sido derrotado, el Príncipe Siddattha ha triunfado, rindámosle honor en su victoria!"

Entonces se acercaron al Gran Ser, llegando hasta su asiento de Bodhi, y mientras avanzaban cantaban:

¡Ésta es la victoria del ilustre Buda, la derrota de Mara el Malvado!. Las huestes de nagas, sobrecogidas por júbilo, proclamaron así al pie del árbol de Bodhi la victoria del Gran Sabio.

¡Ésta es la victoria del ilustre Buda, la derrota de Mara el Malvado! Así proclamaron, al pie del árbol de Bodhi y sobrecogidos de júbilo, la victoria del Gran Sabio las masas de supannas.

¡Ésta es la victoria del ilustre Buda, la derrota de Mara el Malvado! Las huestes de deidades, sobrecogidas por júbilo, proclamaron así al pie del árbol de Bodhi la victoria del Gran Sabio.

¡Ésta es la victoria del ilustre Buda, la derrota de Mara el malvado! Las huestes de Brahmas, sobrecogidas por júbilo, proclamaron así al pie del árbol de Bodhi la victoria del Sabio Resuelto.

El Gran Ser Obtiene la Omnisciencia

Las deidades restantes de los diez mil sistemas de mundos lo honraron con guirnaldas, perfumes y ungüentos, cantando alabanzas en formas diferentes. De esta manera, mientras el sol aun brillaba en los cielos, el Gran Ser disipó el ejército de Mara. Mientras era honrado con ofrendas en forma de hojas tiernas del árbol de Bodhi que caían sobre su túnica como espigas de coral rojo, accedió durante la primera guardia de la noche al conocimiento de existencias anteriores. Durante la segunda guardia purificó su ojo divino; y en la última guardia cobró consciencia de la realidad de la originación dependiente.

Mientras continuaba su meditación sobre la naturaleza de los antecedentes causales, que son doce, y de su relación directa e inversa a la evolución progresiva y regresiva, los diez mil sistemas de mundo temblaron doce veces, hasta el límite mismo de los océanos.

Cuando el Gran Ser obtuvo, al amanecer, la visión penetrante sobre el conocimiento de la omnisciencia, los diez mil sistemas de mundo resonaron, y todos asumieron indumentarias festivas.

El Mundo Se Viste de Fiesta

El resplandor de los banderines y cintas enarbolados en el borde oriental de la esfera del mundo se extendió hasta el borde occidental. Igualmente, el resplandor de los banderines y cintas enarbolados en el borde occidental, el del norte, y el del sur respectivamente. Y el resplandor de los banderines y cintas enarbolados sobre la superficie de la tierra estaba en contacto constante con el mundo de Brahma, y aquellos enarbolados en el mundo de Brahma penetraban la superficie de la tierra. Árboles florecidos aparecieron en las diez mil esferas de mundos.

Los árboles de frutas estaban sobrecargados con racimos. Flores florecían en los troncos de los árboles, y en sus ramas; y enredaderas florecían en sus lugares respectivos. Lotos de largos tallos florecían en ramilletes de siete, surgiendo a través de superficies rocosas, y nacían unos sobre otros.

Los diez mil sistemas de mundos giraban, y dibujaban coronas de guirnaldas o arreglos de flores. Las regiones intermedias de ocho mil yojanas situadas entre las esferas de mundos, que antes no se iluminaban ni aun con el resplandor de siete soles brillando al mismo tiempo, se convirtieron en una gran masa de luz. El agua del gran océano, de ochenta y cuatro mil yojanas de profundidad, se volvió dulce. Los ríos dejaron de correr. Los que habían sido ciegos desde su nacimiento pudieron ver, los sordos oír, y los lisiados caminaron sobre sus pies. Las ataduras y las cadenas se abrieron y deshicieron.

La Proclamación Extática

Siendo honrado así con gloria y esplendor sin límites, y mientras todas estas maravillas sucedían, obtuvo la visión penetrante sobre el conocimiento de la omnisciencia, y realizó la proclamación extática acostumbrada de todos los Budas:

“Buscando al constructor de la casa pasé por muchos nacimientos en Samsara sin tener éxito, un sufrimiento es el nacer una y otra vez. Constructor de la casa, ahora estas descubierto. No construirás la casa nuevamente. Todas sus vigas están quebradas, sus sostenes destruidos. La mente que ha ido más allá de los fenómenos compuestos ha logrado la destrucción de los deseos.”

Todos estos incidentes, comenzando desde su descenso del cielo Tusita, y terminando con su alcance de la Omnisciencia, deben ser conocidos como la Época Intermedia.

Colofón: Traducido para el Centro Ganden Shedrub Ling en San Juan, Puerto Rico, por M. Carrera, a petición de fa Ven. Damcho, entre diciembre 2005 y enero 2006.

